

LA GUARDIA CIVIL EN LA GUERRA (1936-1939)

MIGUEL LOPEZ CORRAL

Sargento de la Guardia Civil
Doctor en Historia

COMO puede desprenderse del trabajo de Ulla Rega, el período comprendido entre febrero y julio de 1936 fue especialmente duro para la Guardia Civil. Tanto, que de lo ocurrido en esos aciagos meses se extraen las conclusiones que permiten desentrañar el porqué de la actuación de muchos miembros de la Institución cuando la sublevación militar tuvo lugar. Si a las vejaciones y agresiones sufridas por sus miembros —recordemos: sucesos de Villa de don Fadrique, Yeste, degollación del guardia Manuel Sauce en la casa del pueblo de Palenciana (Córdoba), asesinato del guardia Roselló Omedes en Oviedo, liberación de los encausados en la matanza de Castilblanco, atentado contra el alférez De los Reyes, etc.— se añade el inicio de un rosario de traslados, destinos y postergaciones profesionales de sus mandos, tendremos parte de la explicación del porqué el Frente Popular se ganó la animadversión de gran parte de la Guardia Civil, de las graves fisuras abiertas en el sentimiento de lealtad al Gobierno, a la vez que provocó una acentuada tendencia a la indisciplina y el desánimo general. Todo ello, en suma, contribuyó a que en gran parte de la Guardia Civil aflorase en un sentimiento de simpatía hacia los militares sublevados. Lo demás del papel de la Institución en los tres años que duró la contienda, tratan de explicarlo las líneas siguientes.

LA SUBLEVACION DE JULIO Y LA GUERRA ABIERTA

En el verano de 1936, la Guardia Civil disponía de un contingente de 34.392 hombres, encuadrados en una distribución orgánica que le permitía llegar al último rincón del país a través de una bien trenzada red que se extendía en tantas ramificaciones como provincias tenía

el Estado: las Comandancias, mandadas, salvo excepciones que ya veremos, por un teniente coronel como Primer Jefe y sometido al control de la propia Inspección General, de los generales de Zona —5 en total— y de los coroneles Subinspectores de los Tercios, uno normalmente cada dos provincias, pero sin ejercer el mando directo sobre la fuerza, reservado al Jefe de la Comandancia. Esta a su vez se dividía en Compañías, en número oscilante de tres a cinco y al mando de un capitán. La Compañía se dividía en Líneas, al mando de un alférez o teniente. El último escalón lo ocupaban los Puestos, unidades pequeñas de una medio docena de hombres por término medio, mandados por un sargento o un cabo y que en los primeros momentos de la guerra iban a sufrir los ataques de los partidarios del Frente Popular, especialmente en Andalucía, donde estas unidades no podrían llegar a reagruparse en las cabeceras de Compañía o Comandancia. Este aislamiento motivaría su atrincheramiento en los cuarteles para una defensa con frecuencia imposible y, por consiguiente, letal para sus vidas. Con esta distribución señalada, la Guardia Civil llegaba a todos los rincones de la faz española y no era, por tanto, difícil recorrer muchos kilómetros de su geografía sin divisar —con perspectiva lorquiana o sin ella— la silueta de las parejas en su servicio cotidiano.

Pues bien, esta fuerza representaba en 1936 el nada despreciable 31,88 por 100 de los efectivos en filas, según fuentes estadísticas elaboradas por el Servicio Histórico Militar de Madrid para saber el contingente disponible de las fuerzas armadas en julio de aquel año. Y si diseminada no tenía un gran valor estratégico, concentrada cobraba una importancia enorme desde el punto de vista táctico-militar, al que había de añadirse la no menos desdeñable preparación profesional de sus efectivos y sus conocimientos del terreno, fruto de la procedencia que del Ejército tenían la mayoría de sus hombres, curtidos por demás en numerosas acciones de violencia armada a que hubieron de enfrentarse antes de la guerra.

De esta importancia estratégica y humana eran sabedores ambos bandos. Por eso se comprende que desde el primer momento se aprestasen a contar con ella. El propio Franco, en tantas ocasiones como fue invitado a sumarse a la sublevación —a saber en agosto del 32, diciembre del 35, 19 de marzo del 36— se negó a secundarla si la Guardia Civil no tomaba parte en la misma. Era la premisa que consideraba imprescindible. Precisamente por esta causa, en la reunión mantenida el 19 de marzo en

Madrid entre Mola, Fanjul, Goded, Varela, González Carrasco, Orgaz, Villegas y Franco, éste los convenció de la imposibilidad de llevar a cabo el movimiento sin un acuerdo previo con la Guardia Civil. La posibilidad de este acuerdo ya la había barajado Franco en febrero del 36 cuando era Jefe del Estado Mayor Central del Ejército. En aquella ocasión presionó de manera insistente al Presidente del Gobierno, Portela Valladares, y tanteó al Inspector General de la Institución, Pozas Perea, para que en vista de la «desastrosa» situación de orden público creada por el júbilo de la victoria en las elecciones del Frente Popular, se declarase el estado de guerra. Pozas rehusó terminantemente los planteamientos de Franco, alegando que la situación no era tan grave. El general vencedor de la guerra optó entonces por utilizar su mejor cualidad: la prudencia.

La actitud de Pozas se alineaba claramente con los intereses gubernamentales, y no sólo no cambiaría de febrero a julio, sino que reforzaría su incondicional apoyo al Gobierno: Pozas reveló al Ejecutivo los planes de algunos generales para levantar a las guarniciones —también lo haría el general Núñez de Prado— a la vez que aseguró la oposición de la Guardia Civil a cualquier militarada.

Ciertamente y en objetividad, esta posición del Inspector General era poco menos que determinante. En un Cuerpo disciplinado y jerarquizado, donde la obediencia al mando era casi dogma de fe, la actitud de su máximo responsable era clave. ¿Qué ocurriría si Pozas o el Inspector General que fuese se decantase por la postura contraria? No parece difícil predecir el resultado. De esto era perfectamente consciente el Gobierno, que no sólo conservaría y mimaría a este hombre en su puesto, sino que cuando se vio al borde del precipicio, lo harían Ministro de la Gobernación en el Gobierno Giral, sin por ello relevarlo del mando de la Inspección General.

Lo que llevó a Pozas a adoptar su postura final, al margen de ideologías y convicciones personales, sería lo similar a otros militares. Era amigo personal de Azaña desde que presidiera el consejo de guerra contra el político por su supuesta participación en la revolución del 34 y, en 1936, ocupaba uno de los puestos de la cúpula militar más anhelados e influyentes. Y todo por obra y gracia del Gobierno. Por eso, en unos momentos donde los intereses creados dentro de un Ejército profundamente dividido privaban sobre la razón corporativista, la postura de Pozas parecía la más lógica. Y ello, desde su puesto de privilegio al frente de la Guardia

Civil, resultó de lo más decisivo, porque tal vez contribuyó sin pretenderlo a alargar la guerra tres años. Si su actitud hubiese sido la contraria, probablemente la contienda se hubiese reducido a una simple escaramuza al más puro estilo decimonónico. El análisis de la situación suscitada en Madrid durante los primeros momentos de la sublevación y el papel desempeñado por la Guardia Civil, con 2.300 hombres destinados en la capital, así parecen darlo a entender. Igual puede decirse de Barcelona y Valencia.

Parecido a lo que había hecho con Pozas intentó hacer el Gobierno del Frente Popular con los jefes de la Guardia Civil más o menos adictos a la República, en un intento de frenar la posible conspiración. No parece desproporcionado suponer que el Gobierno sondease en un momento dado la postura de la jerarquía del Cuerpo y de aquí sacase las conclusiones más convenientes. En cualquier caso, lo incuestionable fue que el Gobierno intentó atar todos los cabos en este sentido con la promulgación el 24 de marzo de 1936 de una Ley por la cual el Ministro de la Guerra, Masquelet, derogó todas las disposiciones previas sobre destinos para darse a sí mismo el máximo de flexibilidad en la colocación de oficiales republicanos en puestos clave dentro de los cuerpos de seguridad en las principales ciudades: en un plazo de un mes aproximadamente se produjeron los ceses o traslados de los primeros jefes de Comandancia considerados poco fiables o no aconsejables, como los de Oviedo, Valencia, Soria, Murcia, Badajoz, Ciudad Real, Tarragona, Orense, Huesca, Lérida, Cuenca, Valladolid, Avila, Palencia, Cádiz, León y Guipúzcoa, a los que seguirían en mayo los de Toledo, Granada, Logroño y Jaén. Finalmente, el decreto de 16 de junio publicó en la Gaceta de Madrid el destino y traslado de 62 jefes y oficiales.

Como no cabía esperar otra cosa y así ha sido señalado, la medida acentuó el disgusto de los afectados, más aún cuando se notaban privilegios para algunos en perjuicio de otros. Y lo que era peor, cuando algunos jefes pasaron a mandar unidades de superior categoría a la de su empleo, caso de Rodríguez Medel en Pamplona, o cuando uno más moderno en el empleo pasó a mandar sobre otro más antiguo, caso de Vega Cornejo en Badajoz, la situación adquirió momentos de grave tensión.

Por su relevancia destacaron los cambios en las jefaturas de Navarra y Canarias. En ellas, dada la ascendencia de los generales que mandaban ambas guarniciones, era imprescindible colocar un jefe de la máxima confianza del Inspector General del Cuerpo. Así se hizo.

A Navarra fue destinado el comandante José Rodríguez Medel Briones. Medel fue destinado a primeros de junio de 1936, es decir, cuarenta días antes de la sublevación, en un intento de frenar la conspiración y apoyar al Gobernador Civil de la provincia y ganar a sus hombres para la causa gubernamental, dadas las simpatías de los guardias hacia la personalidad de Mola, como se sabe hijo de guardia civil. Realmente era mucha tarea para tan poco tiempo. Además, Medel se enfrentó con otro inconveniente mucho más grave: no se ignoraba cierta connivencia en la oficialidad con los conspiradores, como pudo demostrarse al depurar la actividad en el mismo sentido del antecesor de Medel en el cargo, teniente coronel Muga, destinado por este motivo al menos peligroso mando de Soria, donde tendría, llegado el momento, una actitud indecisa. Probablemente Rodríguez Medel sabía las dificultades que encerraba su misión, que le habían embarcado en un viaje sin billete de vuelta. Aún así decidió afrontarla con valentía y asumió su inextricable responsabilidad. Probablemente también esto le valdría la animadversión de sus subordinados. Lo que en cualquier caso resulta claro, es que no gozó del tiempo suficiente para lograr su objetivo: la conspiración estaba tan avanzada que era muy difícil de detener. Por su parte los rebeldes sabían la misión que había traído el comandante de la Guardia Civil a Pamplona. Lo sabían y trataron de ganarlo para su causa: es enteramente cierto que Medel parlamentó con Mola en el despacho de éste el mismo día 18 por la mañana. De lo que allí se habló salió una cosa clara: llegado el momento ambos estarían en bandos opuestos. También comprendió el jefe de la Benemérita que la sublevación era inminente. Corrió a participar la novedad al Gobierno Civil, en donde a la vez expuso su plan de defensa de la ciudad, consistente en la retirada y concentración de sus hombres a Tafalla, para desde allí hacer frente a los rebeldes. El plan parecía bueno, pero Medel no pudo llevarlo a la práctica. Cuando reunió a su gente en el patio de armas de la Comandancia, se encontró con la negativa de secundarle y entonces sobrevino su ya conocido final. Su muerte no sólo significaría el último obstáculo a Mola en sus proyectos, sino también un gran impacto en la opinión pública, especialmente de Madrid.

Mucho se ha escrito sobre el comportamiento de la Guardia Civil en Canarias durante la sublevación y en relación a su intento de impedir que Franco embarcase hacia Marruecos. A este respecto se ha llegado a afirmar que la Institución no sólo trató de impedir el golpe, sino de detener

al general Franco, aun a costa de su muerte. Pues bien, ambas afirmaciones son erróneas en su planteamiento. Es cierto que a Franco intentaron eliminarlo, tendiéndole una emboscada en el recorrido más natural que debía llevarle por carretera desde Las Palmas al aeropuerto de Gando, pero no la Benemérita, que nada sabía, sino un anarquista llamado Juan García Suárez "Corredera", muerto a garrote vil por el régimen franquista en mayo de 1958, después de haber sido capturado y declarado convicto y confeso de, entre otras cosas, el intento de atentado contra Franco el 17 de julio de 1936. También lo es que el general Pozas le dijo al teniente coronel Baraibar, Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil en Las Palmas, que detuviese a Franco, vivo o muerto. Incluso parece cierta la versión del periódico insular Nueva España cuando recoge las palabras del Gobernador Civil Boix al teniente coronel Baraibar en el despacho de aquel en el momento en que Franco aparecía ante su vista esperando en el muelle de Las Palmas al remolcador encargado de llevarlo a Gando: "Si lo mata se hace usted célebre. Dé órdenes a su fuerza de que dispare sobre él". Tanto en una como en otra ocasión Baraibar desoyó las órdenes y en el segundo caso incluso mandó a sus hombres retirarse a otro lugar del Gobierno Civil donde nada se veía. El teniente coronel Baraibar y su segundo comandante Loureiro, hubieron de debatirse, como tantos otros jefes de la Institución, entre seguir a los militares u obedecer a su superior en Madrid. Si bien es cierto que optaron por lo segundo, también lo es que se inhibieron de toda acción contra el Ejército, lo que a la postre le salvó la vida después del Consejo de Guerra sufrido durante la campaña para depurar su actuación, aunque no su expulsión del Cuerpo (Baraibar tenía un hermano llamado Alfredo, que era teniente de infantería y secretario del juzgado militar especial de jefes y oficiales encargado de juzgar a los desafectos al «movimiento» en Barcelona. Precisamente fue el secretario del proceso al coronel-general Escobar Huertas).

Por tanto, la actuación de la Guardia Civil en Las Palmas —que no en Tenerife, donde el coronel Piñol Riera se había decantado claramente por la rebelión—, concretamente de su Jefe, el teniente coronel Baraibar Velasco, debe ser encuadrada en su verdadero contexto: representó un obstáculo para la sublevación, por cuanto se negó a secundarla, aun a pesar de las presiones que Franco le hizo desde el Gobierno Militar, pero a la hora de la verdad tampoco hizo nada por impedirla, como así

reconoce en su obra un testigo de excepción, Franco Salgado Araujo. ("Mis conversaciones privadas con Franco". Barcelona, 1976).

Semejante o parecido comportamiento se registró en muchos mandos provinciales del Cuerpo en la Península, sometidos a la difícil disyuntiva de a quien apoyar. Hasta ahora, que se sepa, nadie se ha detenido a analizar el drama vivido por aquellos hombres en los momentos que siguieron a la sublevación. Ajenos o comprometidos a ella, a todos se les presentó el mismo dilema, del que no podían esconderse porque su decisión era tan comprometida que de la decisión a tomar dependía el éxito o fracaso de la sublevación en una provincia.

Y se comprende porque la fuerza que mandaban, concentrada en la capital provincial, era cuantitativa y cualitativamente superior a la mayoría de las guarniciones; y si no lo era, al menos representaba un factor muy importante a tener en cuenta. Por consiguiente, para estos hombres, en su mayoría ajenos a las turbulencias políticas, la situación resultaba comprometidísima, y además el tiempo para resolverla era mínimo, casi inexistente. ¿Qué hacer?, era la gran cuestión. En principio todos actuaron por igual: ordenaron la concentración de sus hombres en la capital de la provincia. Lo peor vendría a continuación. Sometidos a las presiones de ambos bandos —el ejemplo de Las Palmas es extensivo a la mayoría—, tenían que decidir, y rápido, entre hacer caso a sus oficiales y tropa, favorables en su mayoría a lo que creían una justa sublevación contra quien según ellos les habían humillado y desprestigiado; o, por contra, a la inequívoca postura de apoyo al Gobierno, decretada por su Inspector General. En la decisión final jugaba otro factor: obedecer y apoyar a los militares rebeldes o ponerse a disposición del Gobernador Civil. Ellos eran también militares y combatir contra sus compañeros de armas les parecía una locura; pero también eran una fuerza de orden público, a las órdenes directas de la autoridad civil. Las presiones eran fortísimas y no existía término medio. Entonces entró en juego el factor del reciente pasado: para muchos permanecía en la mente la sublevación de Sanjurjo, vivida tan de cerca y a punto de costarles su carrera, por eso no estaban dispuestos a correr otra vez un riesgo parecido; otros, sin embargo, no tenían más que críticas y reproches para con la idea representada por el Frente Popular; no habían olvidado lo a punto que estuvieron de disolver la Institución, los muertos de octubre del 34, las continuas agresiones de que estaban siendo objeto, las sanciones sufridas. Además, para

unos y otros, la idea de entregar las armas al pueblo decretada por su Inspector General —el fue quien más presionó junto con Largo Caballero para que así fuese—, resultaba tan alarmante que la sola idea les daba pavor. Por todo ello se dieron dos tipos de actitudes claramente perceptibles: la resueltamente a favor de uno u otro bando y la de indecisión hasta el último momento. En ambas entraron en juego dos factores claves:

- Las propias convicciones ideológicas y la situación personal de cada uno de los jefes.
- El entorno socio-político en que se vieron inmiscuidos.

Para los que actuaron resueltamente habría la posibilidad de que la suerte en juego les fuese favorable y determinase su encumbramiento, o, por el contrario, les fuese esquivia y conllevara su condena. Para los indecisos no habría ninguna posibilidad: aquellos que eligieron la táctica de esperar la evolución de los acontecimientos y su decantación por uno u otro bando para actuar en consecuencia, o los que jugaron a dos barajas, se vieron letalmente sorprendidos por una guerra donde la consigna del término medio no tenía razón de ser, donde sólo habría perdedores o ganadores y jamás espectadores. Fue, en definitiva, el gran drama que generacionalmente les tocaría en suerte vivir a aquellos hombres. En cualquier caso, la actitud de estos jefes fue tan decisiva como para poder afirmar —Portela Valladares así lo hizo— que allí donde la Benemérita apoyó la sublevación ésta triunfó y, al contrario, donde no lo hizo fracasó.

Desde luego hoy parecer existir un acuerdo total en la historiografía en que esto ha sido así por lo menos en las tres grandes ciudades, y muy especialmente, en Barcelona.

En la capital catalana, hasta que las fuerzas de los 19.º y 3.º Tercios, con unos 1.000 hombres a las órdenes del coronel Escobar no intervinieron, la situación no estaba ni mucho menos ganada para la Generalidad, a pesar de que el Comisario de Orden Público de la misma, capitán Escofet, dijese que si bien con la Guardia Civil en contra no tenía nada que hacer, le bastaba con su neutralidad para dominar la situación. Esto hay que recogerlo con escepticismo, porque sí, ciertamente, sus tropas mantenían una posición de ventaja sobre los sublevados, éstos eran todavía fuertes en las plazas de España y de la Universidad. Por tanto, en aquellos momentos todo dependía de la actitud a tomar por la Guardia Civil, cautelosamente recluida en sus cuarteles de Ausias

March. Esto lo sabían tanto el propio Escofet y Companys, por un lado, como Goded y Burriel, por el otro. Por eso las presiones en torno al general Aranguren y a los coroneles Escobar y Brotons que mandaban los dos Tercios de la Institución en Barcelona, fueron la misión prioritaria de las fuerzas en litigio. Goded no pudo convencer a Aranguren por teléfono, después de una llamada efectuada desde Capitanía General, en donde se encontraba el prestigioso militar tras haber depuesto a Llano de la Encomienda, Jefe de la División. Goded perdió aquí su única oportunidad, y también su vida. Por su parte, Escofet, tendría más suerte en sus gestiones cerca de Escobar, hombre disciplinado y muy vinculado a su general. Fue entonces cuando se decidió la suerte. Escobar recogió las consignas de Aranguren y con sus hombres intervino de manera activa. Con una asombrosa sangre fría estranguló uno a uno los principales focos rebeldes: desde el Regimiento de Caballería de Santiago a la resistencia de las tropas del comandante Gibert y los capitanes Maeztu y Oller en el hotel Colón y el convento de los Carmelitas. Controlada la situación en Barcelona, la suerte de las demás provincias catalanas estaba también decidida a favor de la República. A partir de este momento el camino hasta Madrid de las columnas catalanas de Durruti, Ascaso, García Oliver y Pérez Farrás quedaría expedito. Mientras tanto, era claro que Aranguren y Escobar se habían decantado por una posición que, equivocada o no, había respondido a un noble sentimiento del deber, que hasta ahora la historia injustamente les ha hurtado. Ciertamente parece llegado el momento de reivindicar las actitudes de ambos militares, que como la de Rodríguez Medel y tantos otros murieron en trágicas circunstancias, posiblemente no por defender una causa, sino simplemente por ser consecuentes con una idea de ser guardias civiles, basado en el honor y en el sentido de lealtad al poder legalmente constituido, al menos tan respetable y noble como la experimentada por otros compañeros a favor del bando opuesto.

En Madrid, la anhelada y esencial capital del Estado, la Guardia Civil no tendría ciertamente una intervención tan decisiva y activa como en Barcelona, pero sí desde luego trascendental, porque, como diría Escofet, su neutralidad podía ser suficiente. Parece lógico pensar que con una fuerza de 3.000 hombres a favor, los sublevados del cuartel de la Montaña podían haber triunfado. Si como pretendía Fanjul, la Guardia Civil se dedicase a abortar todo movimiento popular en las calles e impidiese la entrega de

armas al pueblo, cabe entonces pensar que el plan del veterano general conservador hubiese tenido muchas probabilidades de triunfar, más cuando el ahogamiento y control de las milicias permitiría el que las tropas del general García de la Herrán enlazasen desde Campamento con las del Cuartel de la Montaña, tal y como estaba previsto en el plan insurreccional. Y aún más, si la Guardia Civil mantuviese hasta el final una actitud pasiva, de no intervención; si no se sumase a los asaltantes al Cuartel de la Montaña, tal vez la resistencia de los sitiados podría haberse convertido en una estoica defensa más que sumar a las de Oviedo, el Alcázar o la Virgen de la Cabeza, pero con una diferencia fundamental: se habría convertido en el objetivo prioritario a salvar por las tropas africanistas de Varela, en lugar de Toledo, y con ello cambiar el rumbo de los acontecimientos. Nadie ignora el significado de Madrid.

El que la actitud de la Guardia Civil respondiese a lo analizado se debió al general Pozas, en primer lugar, y a la indecisa postura de muchos jefes y oficiales, en segundo término. Hasta el último momento Fanjul y el coronel Serra intentaron convencer a los oficiales de la Benemérita para apoyarles, sabedores de su importancia y de la buena disposición de algunos de ellos. Al final se decidieron por no dar el paso adelante, fundamentalmente por temor a ver fracasar la intenciona, como ya ocurriera en 1932. (En los meses siguientes de la guerra, la Guardia Civil coadyuvó eficazmente a la defensa de la capital, y algunas columnas, como la del teniente coronel Royo Salsamendi, destacarían por su eficiencia a la hora de frenar los avances de Mola en el frente de Guadarrama).

En Valencia era de tal importancia la Guardia Civil, que el éxito o fracaso de la sublevación dependía en gran medida de la actitud que adoptasen sus mandos, con 800 hombres a sus órdenes directas, divididos en las dos Comandancias: Exterior e Interior. Por esta causa, desde bien pronto se pensó en el Jefe de la Zona del Cuerpo, con sede en la capital, general Grijalvo Celaya, para encabezar la sublevación, sobre todo a raíz de la ambigua actitud del general González Carrasco, Jefe de la División. Con muy buen criterio, el general Grijalvo se negó a encabezar el movimiento y dar el primer paso —igual ocurriría en Castellón—, pero comprometiéndose a secundarlo (esto le costó la vida una vez sofocada la rebelión). Con esta actitud y la falta de iniciativa de González Carrasco, la sublevación perdió sus mejores resortes. Paradójicamente, una vez declarado

el estado de guerra, el capitán de la Guardia Civil Uribarri Barrutell se encargó con su resuelta postura profrentepopularista de concebir un plan para apoderarse de las armas de los cuarteles, armar a los milicianos y organizar la lucha contra los rebeldes. Este mismo oficial destacaría al frente de su columna "fantasma" en el intento de tomar Baleares y en el frente de Extremadura, acciones, que, junto a sus continuas visitas a Madrid para entrevistarse antes de la guerra con el general Pozas, se manifestaron en dos fulgurantes ascensos que le encumbraron al empleo de teniente coronel en noviembre de 1936. Finalizada la guerra partió como tantos otros para el exilio.

En el límite con Levante, concretamente en Albacete, se daría uno de los hechos más notorios de participación activa de la Guardia Civil en la guerra. Se trató además de una de las dos provincias —la otra fue Almería— donde la Institución inició por sí sola la sublevación, con el apoyo de escasos efectivos del Ejército. Sin embargo, y en contra de la afirmación de Portela Valladares, la rebelión no triunfó. Y no lo hizo porque no podía hacerlo, por el solo hecho de encontrarse totalmente aislada, rodeada por un cinturón enemigo que se encargó de ahogarla tan pronto como fue sofocada la sublevación en las provincias limítrofes, cuyos esfuerzos se centraron entonces en dominar Albacete. Así las cosas, la caída de Almansa, Hellín y Albacete, donde los mandos del Cuerpo habían montado el sistema defensivo, fue sólo cuestión de horas para las columnas de Kléber y de Vicente Sol.

Para la Guardia Civil de Albacete esta acción tendría trágicas consecuencias. Al suicidio del teniente coronel Chápuli, jefe de la Comandancia, siguieron las muertes de centenares de guardias civiles, que, junto a varios militares y civiles, perecieron en aguas de Cartagena, en uno de los episodios más espeluznantes de toda la represión republicana. Sólo en la noche del 15 de agosto de 1936 el vapor *Sil* llevó hacia la muerte a 47 guardias civiles, con el entusiasta comandante Molina Galano a la cabeza. Otros, como cuatro componentes del puesto de Hellín, fueron enterrados vivos después de sufrir un terrible castigo.

En el caso del País Vasco destacó sobre todo Guipúzcoa, porque ya es sabido que tanto en Vizcaya como en Alava la situación no ofreció duda desde el principio, si bien con signo opuesto: en Vizcaya fue la Guardia Civil quien frustró el golpe y en Alava quien lo consolidó. Sin embargo, en Guipúzcoa los acontecimientos se desarrollaron de manera bien diferente.

Importante por su posición estratégica debido a su frontera con Francia, San Sebastián y su provincia se convirtieron desde el primer momento en objetivo a tener en cuenta dentro de los planes conspiratorios. Creía Mola que la situación estaba ganada, y para ello había previsto todo al detalle, pero le falló en última instancia la Guardia Civil, cuyo papel fue descollante hasta la caída de la capital donostiarra. Es cierto que muchos mandos, como el coronel Ogayar o el comandante Torés, estaban comprometidos con la rebelión. Pero también lo es que el Jefe de la Comandancia, Saturnino Bengoa, y su segundo, el comandante García Ezcurra, simpatizaban con el Frente Popular. Y ambos jugaron un papel decisivo en el triunfo de la República en Guipúzcoa. Además, en ninguna otra provincia se verá de manera tan clara un enfrentamiento entre guardias civiles de la misma unidad, que en el fragor de la lucha se dispararon poco menos que a quemarropa. Esto fue lo ocurrido en la capital donostiarra cuando las columnas de Bengoa y García Ezcurra de la Benemérita y del comandante Pérez Garmendia del Ejército, nutridas en su mayoría por guardias civiles, penetraron desde Eibar, lugar de reorganización, hasta San Sebastián y doblegaron la resistencia ejercida por el coronel Ogayar y el capitán Ayuso en algunos puntos de la capital, como el Gran Casino, a base de tropas propias y del Ejército, sublevadas éstas por el coronel Carrasco y el teniente coronel Vallespin. La importancia de las columnas de Eibar queda pues bien patente. Sin embargo, el éxito no pudo repetirse fechas después cuando para frenar el avance de las tropas de Beorlegui enviadas por Mola desde Burgos y Navarra, una columna formada en su mayoría por guardias civiles resultó aniquilada en las estribaciones de Beasaín, dejando el camino expedito para Irún, y con ello la deseada frontera en poder de los nacionales. Aquel 27 de julio en Beasaín, el coronel Beorlegui se enfureció tanto al ver que el principal foco de resistencia habían sido los catorce guardias civiles de la columna, que los mandó fusilar en el acto por "rebelión". Tres días después, en la madrugada del 30 de julio, serían pasados por las armas en la cárcel de Ondarreta, sin juicio previo, el coronel Ogayar y nueve oficiales más del Cuerpo que le habían secundado. Estaba escrito que para los guardias civiles perdedores no habría perdón en ninguno de los dos bandos.

En tanto todo esto sucedía, muy cerca, en el tradicionalmente problemático enclave de Asturias, la Guardia Civil de la provincia había

recibido la orden del coronel Aranda de concentrarse en Oviedo. El objetivo era declarar el estado de guerra y luego defenderse hasta la llegada de refuerzos procedentes de Galicia, donde se presumía fácil el triunfo de la rebelión. Aranda esperó —y así se lo comunicó a Mola— a disponer de la mayoría de los efectivos de la Guardia Civil para declarar el estado de guerra, porque consideraba imprescindible su presencia para lograr el plan previsto. Antes, con gran astucia, se había desembarazado de un gran número de mineros, dispuestos a dar su vida por el Frente Popular. Cuando Aranda se sintió lo suficientemente fuerte declaró el estado de guerra. La reacción obrera no se hizo esperar en la provincia, muy sensibilizada desde la revolución de octubre. Los primeros objetivos fueron los cuarteles de la Guardia Civil que no habían podido alcanzar Oviedo a la llamada de Aranda: la Compañía entera de Sama de Langreo, como ocurriera en el 34, anclada en pleno corazón minero, sucumbiría íntegra ante las iras y los expertos dinamiteros de la cuenca. Igual suerte corrió Gijón, defendida también por un buen número de guardias recluidos en el cuartel de Simancas. Los demás que no pudieron alcanzar la capital del principado serían pasados por las armas entre julio del 36 y septiembre del 37. Los lugares elegidos eran la playa de la Franca en Colombres y el puerto de Riotrío. En un sólo día, el 28 de agosto de 1937, murieron fusilados 65 guardias civiles en las arenas de la citada playa. El total de muertos del Cuerpo en Asturias alcanzó la friolera cifra de 466, la mayoría de ellos de la compañía de Sama y del asedio de Oviedo.

Después de analizar todas las versiones sobre la defensa de Oviedo, no parece existir duda acerca de que el mayor peso de la misma recayó sobre la Guardia Civil, sin cuya eficacia difícilmente podría haber resistido al impetu de los sitiadores. Pero, por otra parte, es probable que esta eficacia no llegase a ser suficiente si la situación de Oviedo no se viese aliviada por la actuación de la Guardia Civil de León.

En primer lugar, lo fue porque una vez ganada la provincia para la causa nacional, tras vencer el brote de resistencia pasiva ejercida por el arrestado teniente coronel de la Guardia Civil, Muñoz Alonso, la Guardia Civil se volcó en la difícil misión de sofocar cualquier intento de ayuda de la cuenca minera leonesa a su análoga asturiana.

En segundo lugar, porque una vez enterados de la traición de Aranda, las columnas mineras asturianas que habían partido en ayuda de Madrid, optaron por dar media vuelta desde

Benavente y encaminarse de nuevo hacia Oviedo. Fue entonces cuando la decisiva actuación del capitán Román Losada al frente de su Compañía de guardias civiles, detuvo y batió a la columna minera en Ponferrada. Quedaba cerrado así el paso para cualquier ayuda a los sitiadores de Oviedo que no fuese la de sus propias fuerzas y las del flanco Este; porque, en Palencia y su cuenca minera, se experimentó idéntico proceso. Para las columnas gallegas de Pablo Martín Alonso, la liberación de Oviedo resultó entonces menos difícil.

Aparte de León y Palencia, el resto de la región castellano-leonesa experimentó una parecida situación. En todas las provincias la Guardia Civil se colocaría desde el primer momento del lado sublevado. Incluso en Avila corrió con el peso de la defensa ante las acometidas de Mangada. En Salamanca se organizó una numerosa columna mandada por el famoso comandante de la Guardia Civil, Lisardo Doval, venido desde su exilio voluntario en Portugal, a donde se había recluido por temor a las represalias del Frente Popular por su participación en la represión de octubre del 34 en Asturias. Sin embargo, a la columna de Doval la suerte le sería esquiva en Navalperal de los Pinares, localidad abulense donde el día 24 de julio del 36 sucumbieran los once guardias civiles que la defendían. Lisardo Doval sufrió una hecatombe a manos del célebre Mangada. Esta acción casi sumió a Doval en el ostracismo cuando su pasado y paisanaje con Franco parecían adivinar lo contrario.

En cualquier caso, para la consolidación del éxito de la sublevación, en todas las provincias castellano-leonesas la actitud de la Guardia Civil fue decisiva. Y esto sería por la moral dada a los rebeldes y por su papel de fuerzas represora ante cualquier conato de hostilidad. Sería la zona que junto a Galicia gozó de mayor tranquilidad. Por eso Valladolid fue elegida como ubicación de la Dirección General del Cuerpo en la zona nacional, naturalmente con un nuevo Director General, don Federico de la Cruz Boullosa, general de Brigada y Jefe de la Zona de la Guardia Civil de Valladolid, nombrado para el cargo en el Boletín número 2 de julio, que también cesaba a Pozas en el cargo.

Aragón tuvo en la Guardia Civil un arma decisiva y no parece aventurado afirmar que de no ser por las circunstanciales acciones protagonizadas por hombres del Cuerpo, la situación de la región no se hubiese consolidado, al menos por lo que respecta a Huesca y Teruel. Esto es bien comprensible si se piensa en la situación aragonesa tras el fracaso de la su-

blevación en Cataluña, Levante y Guadalajara. La magnitud del contingente de fuerzas procedentes de las zonas señaladas centraron sus esfuerzos en conquistar Aragón, para así conseguir una amplia zona territorial desde donde establecer un puente entre Cataluña y Madrid, aparte del Mediterráneo. Por tanto, Aragón era, por donde se mirase, un objetivo prioritario para la República. Por esta causa, la concentración de fuerzas columnistas catalanas de Durruti, Ascaso o Pérez Farrás, en su camino hacia Madrid, o las de Levante, se volcaron para conquistar Teruel y Huesca, en primera instancia, y luego Zaragoza, mejor guarnecida. Precisamente, en un primer intento republicano por conseguir el Teruel mal guarnecido por las tropas del comandante Aguado y de la Guardia Civil, tendrían un papel decisivo las fuerzas del Cuerpo encuadradas en las columnas procedentes de Levante, Guadalajara y Cuenca. Estas columnas estaban formadas por grupos muy heterogéneos, entre ellos 400 guardias civiles reclutados en su mayor parte de Castellón y Cuenca. Al llegar a Puebla de Valverde los guardias se rebelaron contra sus jefes de columna, a quienes desarmaron y mantuvieron detenidos hasta su entrada triunfante en Teruel. Todos estos hombres, con todo el valioso armamento aprehendido al enemigo, elevaría la moral de los defensores de Teruel, a la vez que minaría la de las columnas levantinas. Teruel no cayó en manos republicanas hasta la gran ofensiva del Ebro.

La actuación de la Guardia Civil en Aragón no se limitaría sólo a esta acción aislada. En su arrollador avance hacia Madrid, las columnas catalanas pretendían dominar todos los reductos nacionales que a su paso encontrasen, entre ellos Huesca. Para esto tuvieron que vérselas con los puestos de la Guardia Civil, aislados o concentrados en sus cabeceras de Compañía, dispuestos a frenar o, como mal menor, a obstaculizar su impetuoso avance. Surgieron así acciones como la del capitán Negrete Rabella en Caspe, la aniquilación de los puestos de Tardienta, Tamarite de Litera o Alcubierre, tenazmente defendidos por la Guardia Civil hasta sucumbir ante un rival muy superior en hombres y medios. Más importante si cabe por su valor estratégico y el éxito que la acompañó fueron las estoicas defensas hechas por el capitán Bercial en Almudévar y el teniente Lahoz en Siétamo: si la caída de Caspe supuso para los republicanos la apertura de una cabeza de puente segura hasta Madrid, el sector de Huesca quedaría también asegurado para los nacionales cuando Siétamo pudo ser socorrida por una

columna organizada personalmente por el general De Benito y cuando la columna oscense del comandante Ayala y otra de Zaragoza, liberaron al capitán Bercial de las acometidas republicanas en Almodóvar. De esta manera el tráfico rodado entre las dos principales capitales aragonesas quedó garantizado.

Lograda la estabilización del frente, en Aragón continuó sus acciones una importante columna formada por 194 guardias civiles, al mando el capitán Roger Oliete y denominada "La Calavera". Esta fuerza tendría actuaciones destacadas en toda la región, debidas especialmente al arrojo y audacia de su comportamiento, lo que supuso 65 muertos y más de cien heridos, además del ascenso por méritos de guerra a su capitán, con el tiempo Subdirector general del Cuerpo. (Otra acción que también tendría su recompensa fue la protagonizada por el capitán del Instituto Serra Algarra en Cerro Gordo, durante la última acometida republicana a Teruel, en la batalla del Ebro. La toma de posición tan importante influyó de manera importante en la suerte de Teruel).

Así como en Cáceres triunfó la rebelión, en Badajoz lo impidió la inequívoca ayuda al poder civil del Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, comandante Vega Cornejo, enviado como hombre de confianza del ministro Juan Molés en plaza de superior categoría, y más tarde fusilado por las tropas de Yagüe el 17 de agosto de 1936 junto a otros oficiales del Cuerpo, entre los que se hallaba su hijo, teniente de la Institución.

La Guardia Civil desempeñaría en todo momento un papel muy activo en el pulso por conseguir el dominio de esta región, finalmente decantado a favor de los nacionales, cuando las tropas africanistas penetraron en Badajoz, serio compromiso para Cáceres y Toledo y desde el principio en poder de los sublevados. Y su papel fue además trascendental, por cuanto su claro apoyo a los nacionales, aún a pesar de la postura del comandante Vega en la capital pacense, restaría efectividad y fuerza a la defensa republicana, merced a las defecciones de un centenar de guardias civiles pasados a las filas nacionales en Villanueva de las Minas y otros 43 más a las órdenes del capitán Durán Machuca el 24 de julio en Valencia de Alcántara. La importancia de estas defecciones será notable, por cuanto en una zona no muy guarnecida de militares, las fuerzas de la Benemérita eran vitales, además de suponer la consiguiente desmoralización e impacto psicológico entre los republicanos, que como represalia desarmaron a los guardias civiles que todavía no

habían optado por su paso al bando nacional. De esta manera los republicanos se autoprivaron de un importante y experto contingente de fuerza.

Con todo, mayor golpe para los republicanos los provocó la sublevación del capitán Gómez Cantos con toda su Compañía en Villanueva de la Serena, enclave estratégico de gran importancia por representar un peligro evidente en Badajoz y sus comunicaciones con Madrid, además de favorecer la defensa de Cáceres, límite con Badajoz y Toledo y punto elegido por el teniente coronel Asensio para establecer la unión de las fuerzas nacionales del sur con las del norte y entregar a Mola siete millones de cartuchos que de manera angustiosa necesitaba. Gómez Cantos no pudo resistir en Villanueva de la Serena los ataques de los milicianos enviados contra él por Puigdemolas, pero su retirada a Miajadas evitaría que los republicanos se apoderaran de esta vía de comunicación, facilitando así el avance de las columnas nacionales en dirección a Talavera de la Reina y Toledo, la sitiada capital castellana, en donde la Guardia Civil jugaría otro decisivo cometido.

En efecto, Toledo, la legendaria capital de los reinos musulmán y cristiano se había sublevado contra la República en las personas del coronel Moscardó, Director de la Academia de Gimnasia del Ejército, y del teniente coronel jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, Pedro Romero Basart (al decir de Vilanova Fuentes y de Sothworth, "verdadero jefe de la resistencia del Alcázar"). Por muchos motivos, que van desde la importancia estratégica y psicológica a los puramente sentimentales, caso de Franco hacia Toledo, la capital histórica se había convertido en punto de mira preferente de ambos ejércitos, en especial del nacional: nunca se comprenderá con exactitud la discutida decisión de Franco de detener a las tropas de Varela en su directo avance hacia Madrid para atender antes la liberación de Toledo. En la capital toledana permanecían sitiados en su Alcázar un total de 1798 personas entre militares, civiles, mujeres y niños. De ellos 690 eran guardias civiles, es decir el 60 por 100 de la guarnición. Estos hombres pertenecían en su integridad a la Comandancia de Toledo y habían sido concentrados en la capital tras recibir una tímida orden de su jefe. Una vez en la capital, y con arreglo a un plan establecido de antemano, se recluyeron en El Alcázar con sus familias. Allí permanecerían asediados desde el 21 de julio al 27 de septiembre de 1936 por las más o menos potentes fuerzas del ejército republicano —es posible que se haya exagerado en las

dimensiones de los ataques contra la fortaleza; en cualquier caso, el esfuerzo republicano por rendir el foco rebelde fue considerable, a causa de lo que este representaba desde el punto de vista moral, con toda la opinión pública española y aún mundial pendiente del desarrollo del asedio—. Pues bien, después de dos meses largos de sitio, las fuerzas republicanas no consiguieron rendir la fortaleza y las tropas africanistas de Varela lo liberaron al fin.

Si bien son muchas las conjeturas sobre la no consecución de la rendición de El Alcázar, hay un hecho insoslayable: al igual que en Oviedo y la Virgen de la Cabeza, en última instancia la salvación de El Alcázar fue la efectividad y experiencia de los guardias civiles, verdaderos artífices de su defensa, en la cual dejaron 55 muertos y 322 heridos. Y también es posible que tengan razón los autores antes citados al afirmar que el verdadero jefe de los sitiados y director de la defensa había sido el teniente coronel Romero Basart, por encima de Moscardó. No olvidemos que mientras Moscardó jamás obtuvo responsabilidades políticas o militares de importancia después del asedio; por el contrario, Romero Basart, fue inmediatamente ascendido a Inspector general de la Policía en toda la zona nacional y en abril de 1943 era ya general de división y Subdirector General de la Guardia Civil, máximo empleo al que se llega en este Cuerpo. (Las consecuencias de la liberación de El Alcázar, con Franco felicitando a los defensores, ya se saben: un gran impacto psicológico en ambas partes, pero de signo contrario, mientras en uno robusteció su moral, en el otro creó una sensación de impotencia que pronto tendría repercusiones en el organigrama de mandos.)

Las circunstancias quisieron que Andalucía se convirtiese en la región de España más trágica de la guerra para la Guardia Civil, donde sufrió las más terribles consecuencias.

Las causas para que esto fuera así son varias y resulta por ello muy intrincada su sintetización. Digamos que parten de un congénito e inveterado problema social, cuyo trasfondo latía con fuerza hacia 1936. Por ello y por su especial significación en esta región, la Guardia Civil tenía reservado el papel quizá más importante de toda la guerra, junto a las tropas africanistas, la marinería y los milicianos.

En Andalucía la sublevación había originado una atmósfera extremadamente confusa, con amplias comarcas de dominio incierto. Para la Guardia Civil, la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos y la falta de decisión de la mayoría de los jefes de Comandancia,

favoreció el letal desenlace de muchos puestos de la periferia que, imposibilitados cuando lo intentaron para concentrarse en la cabecera de la Comandancia o incluso de la Línea o Compañía, se vieron trágicamente aislados y por tanto avocados a luchar a vida o muerte con las numerosas partidas de las huestes frentepopulistas que campaban por sus respetos en muchas zonas. En ninguna otra parte de España, tal vez con la única excepción de la cuenca minera asturiana, vivió la Guardia Civil tan dramáticos momentos, en especial durante las primeras semanas de la guerra. Un historiador nada sospechoso de simpatizar con el Cuerpo, Gabriel Jackson, definió así esta situación: "... En el sur de España, especialmente los sacerdotes y guardias civiles eran prácticamente siempre fusilados si se habían puesto de parte de los insurgentes; a veces fueron fusilados aunque no hubieran hecho nada el 18 de julio". (La República española y la Guerra Civil, Barcelona, 1979.)

Mucho se ha escrito y mitificado durante el franquismo la gesta del capitán Cortés y sus hombres en el Santuario de la Virgen de la Cabeza. Sin embargo, el papel de la Institución no se redujo solamente a eso. En la mayor parte de Andalucía la Benemérita desempeñó numerosos hechos de análogas características, y aún en peores condiciones de defensa, lo que a menudo ha pasado desapercibido para la historiografía. Además, su significado para el desarrollo del curso de la guerra, desde el punto de vista táctico, ha superado en mucho la defensa de Cortés, circunscrita exclusivamente a eso: una numantina defensa, cuyo coste en vidas fue enorme (tan solo de la Guardia Civil fallecieron 77 defensores y otros 121 sufrieron diversas heridas.)

Y esto tiene su explicación, porque ¿habría podido Queipo de Llano apoderarse de Sevilla con la facilidad que lo hizo de no contar con el apoyo de la Benemérita? Más aún, ¿habría podido conservarla de no aniquilar la columna del comandante Haro Lumbreras con sus 59 hombres o la de Cordero Bell en la emboscada de Castilleja de la Cuesta cuanto ésta iba camino de cubrir su objetivo de tomar la capital hispalense con los mineros de Riotinto armados de dinamita? No parecerá entonces exagerado afirmar que la Guardia Civil coadyuvó en gran medida al triunfo de la sublevación en Sevilla, de gran valor moral por su condición de ciudad más importante de la región, sede además de la División orgánica.

De Granada se puede aseverar otro tanto. El hecho de que el teniente coronel de la Co-

mandancia, Vidal Pagán, no hubiese dado la orden de concentración en la capital debido a su ambigua postura, propiciaría el que muchos puestos fuesen declarados objetivo prioritarios de los milicianos en su camino sobre la capital granadina. La situación de fuerza de retaguardia en que se constituyeron impediría a las columnas de milicianos procedentes de Jaén, Murcia, Málaga y Almería lograr su intento de tomar Granada. Así lo reconocería al menos el ayudante de Queipo de Llano, comandante Cuesta Monereo: "... gracias a los puestos de la Guardia Civil pudo salvarse parte de la provincia de Granada de las garras marxistas, contribuyendo con la heroica defensa de muchos pueblos y puestos a que su capital, que vivió días de verdadera asfixia, no cayera en poder de los rojos".

Similar proceso le ocurriría a Córdoba capital. Porque si bien hemos de reconocer que la eficacia de la aviación y del tercero de Regulares de Melilla fue determinante e hicieron fracasar la acción de la mítica columna Miaja sobre Córdoba, también convendremos en lo irreparable y hasta decisivo que para la columna supuso la pérdida de los 209 guardias civiles de la Comandancia de Jaén encuadrados en dos Compañías al mando de los capitanes del Cuerpo, García de Castillo y el célebre Reparaz, del que más adelante hablaremos, y que se pasaron a los nacionales en Fernán Nuñez el 25 de agosto de 1936. Este hecho motivaría en parte el asedio del Santuario —zona tranquila y sin interés militar alguno— desde el 15 de septiembre del 36 al 1 de mayo de 1937.

No sería esta desertión de los guardias civiles un hecho aislado. Todo lo contrario. Como claro exponente de su postura personal, cuatro quintas partes de los guardias civiles incorporados a las columnas republicanas desertaron entre los meses de julio, agosto y septiembre del 36; en Alcalá la Real 135 guardias a las órdenes del capitán Amezcua; el día 12 de agosto lo hicieron otras dos compañías en el frente de Granada por Orgiva; en Almería otros 40 hombres hicieron lo mismo por las Alpujarras; y, por último, en Campillo de Arenas desertaron los guardias de Jaén que quedaban por hacerlo. En total unos 1.500 hombres, que bien preparados y con experiencia, eran un contrapeso eficaz para, no sólo diezmar las filas republicanas, sino para robustecer las nacionales. (Pese a realizar con preferencia misiones de vigilancia y seguridad, la presencia de los guardias en las columnas republicanas no era una tarea cómoda ni grata. Las consecuencias de ello estribaban en el recíproco recelo que se sentían

entre milicianos y guardias y también en la indisciplina reinante en las columnas, lo que chocaba con las costumbres y espíritu ordenancista de los miembros del Cuerpo. Este recelo y desconfianza mutua subía de tono cada vez que se tenía la noticia de alguna desertión de guardias al bando nacional, lo que hacía aumentar el desasosiego y la incomodidad de los guardias, temerosos de sus vidas. Por eso, y por sus simpatías personales, las desertiones fueron masivas al bando nacional, esfumando con esta actitud buena parte de las posibilidades republicanas.)

En estas columnas gubernamentales y en las peripecias del Cuerpo por las provincias de Córdoba y Jaén, destacó por su audacia y contradictoriedad la figura del jefe de una de ellas, capitán Reparaz. Verdadero cerebro del despliegue de fuerzas de la Comandancia de Jaén y controvertido personaje, Reparaz era capaz de disolver una manifestación frente-populista a tiros en Andújar, de burlar la inteligencia de Miaja y de ganarse su confianza. En connivencia con Cortés desde el primer momento, sufriría después de la guerra un proceso por los sucesos de Pozoblanco, acusado de ser el «Comisario rojo» enviado a la localidad cordobesa por Miaja con el fin de pactar la rendición de su compañero del Cuerpo, el capitán Rodríguez de Austria, y de permitir fuera luego traicionado y fusilado en compañía del capitán Rañal, tenientes Canales y Verona, varios guardias y un considerable número de civiles en el tren que había de conducirles a Valencia: en total más de 400 personas. La verdad fue que, si bien estuvo en Adamuz y Pozoblanco formando parte de la columna de Miaja, también lo es el hecho de no haber sido el «comisario rojo», sino que había ido por pura iniciativa a garantizar la seguridad de sus compañeros, tanto en Adamuz con la fuerza del cabo Reyes, como en Pozoblanco. Reparaz saldría absuelto del proceso, pero la huella de Pozoblanco le persiguió mientras permaneció en el Instituto; por eso su vida después de la guerra se alternaría entre el reconocimiento del régimen con cargos de gran relevancia: Gobernador Civil de Teruel, Jefaturas Superiores de Policía de Barcelona y Madrid, con los sinsabores del vacío que se le hizo dentro del Cuerpo, el cual terminaría por abandonar voluntariamente cuando era teniente coronel jefe de la Comandancia de Córdoba.

En Cádiz y Huelva la Guardia Civil no dudó en apoyar la sublevación, contribuyendo a su éxito. En Jaén sólo el teniente coronel Iglesias y los comandantes Navarro y Nofuentes la

repudiaron, pero sin ser capaces de controlar el impetu por la causa contraria de sus oficiales y guardias. En Almería y Málaga las cosas cambiarían. En la primera de ellas la Guardia Civil apoyó la sublevación, pero ni la capital ni sus puestos pudieron soportar la superioridad republicana. En Málaga se daría un hecho curioso, que alcanzaría también al general Patxot, jefe de la guarnición. Comprometidos en la conspiración, en todos subyacía el fracasado golpe de 10 de agosto de 1932; por eso no le sería difícil al general Pozas hacer cambiar de parecer a los jefes de la Comandancia malagueña. Para ello contaría con la resuelta actitud del teniente coronel Aquilino Porras. Sin embargo, la ambigüedad de los primeros momentos hizo que los seguidores de Largo Caballero pasasen por las armas a los jefes del Cuerpo de la provincia en los días 17 y 18 de agosto. Igual suerte correrían los 56 miembros de la Institución fusilados por los nacionales entre los días 10 y 22 de febrero de 1937, tras juicio sumarísimo incoado por no apoyar la sublevación. A otros la última pena les sería conmutada por la de cadena perpetua. Con esta última acción, el pintoresco Queipo de Llano quiso dar un escarmiento a quien de manera tan trascendental había contribuido a su triunfo. Era el signo trágico de la Guardia Civil en Andalucía. El precio que por este triunfo tuvo que pagar en vidas humanas resultó alto. Excesivamente alto. Solamente en los tres primeros meses de la guerra perdieron la vida en las provincias de Sevilla, Granada y Córdoba 712 guardias civiles. La mayoría de ellos lo hicieron al intentar una defensa de sus cuarteles con escasas posibilidades de éxito ante la superioridad numérica y en armamento de los milicianos. Ejemplos como los de Aroche, Olvera, Iznalloz, Saucejo, Marchena, Benaocar, Higuera de la Sierra, Almodóvar del Río, Cerro de Andávalo, Castillo de las Guardas, Utrera, El Arahál, Lora del Río, Baena... o los más atroces de Morón de la Frontera, 9 muertos; Bráncana, 7 fusilados; Tocina, 4 muertos; y especialmente el de Cazalla de la Sierra en Sevilla, donde a los diez guardias fallecidos durante el asedio al cuartel el día 30 de julio, hubieron de sumarse 30 fusilados más en la cárcel de la localidad en las madrugadas de los días 5 y 6 de agosto: en total 40 guardias, récord de toda España, incluso por encima de Reinosa, en Cantabria —en esta población el día 21 de julio de 1936 fueron pasados por las armas en el ayuntamiento 27 guardias con su teniente al frente—, son el testimonio patético de una guerra cuyas dimensiones alcanzaron de lleno a la Guardia Civil

en Andalucía. A los nacionales esta contribución en sangre y aportación general les supuso un aporte importante para ganar la guerra. A los republicanos lo contrario. Si pensamos en una Andalucía en manos del Gobierno legítimo en lugar de un extenso «señorío» propiedad de Queipo de Llano, tal vez las tropas africanistas no hubieran podido cruzar la Península, y entonces no es difícil predecir cual sería el desenlace de la guerra.

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA PARA LA GUARDIA CIVIL

Al hilo de lo hasta ahora expuesto tampoco parece difícil extraer las conclusiones acerca del papel desempeñado por la Guardia Civil en la guerra. Sin embargo, se hacen necesarias una serie de recapitulaciones que, a modo de consideraciones finales, deben resaltar sobre el conjunto de esta actuación. Serían las siguientes:

— Que a la hora de analizar el comportamiento de la Guardia Civil en la guerra hay que diferenciar muy claramente su papel en el levantamiento de la guerra propiamente dicha. En el primero tendría una actuación trascendental y en muchos casos decisiva. En este sentido, no parece desmesurada la afirmación de Portela Valladares cuando atribuye el triunfo de la sublevación allí donde contó con el apoyo de la Benemérita y al contrario. En la guerra su papel quedaría reducido a combatir encuadrada en columnas, al principio, y luego en las grandes unidades que se crearon; a la vez, desempeñarla en las zonas de retaguardia una labor meramente policial, exenta de participación activa. La actividad más frenética de la Guardia Civil se realizaría durante el alzamiento y en los dos meses inmediatamente siguientes.

— Que esta decisiva actuación fue especialmente importante en los casos de Andalucía, por su ayuda a los nacionales, en Cataluña, por su contribución a la causa republicana; y en Madrid, por la pasividad demostrada. En los tres casos alteraría el curso de los acontecimientos.

— Que lo característico de la actuación de la Guardia Civil, y más concretamente de sus mandos provinciales fue, en la mayoría de los casos, su debate entre el apoyo a la sublevación, como así deseaban sus oficiales, o, por el contrario, la obediencia al poder legalmente constituido y a su Inspector General, en cuyas manos pudo haber estado un rápido desenlace

de la guerra a favor de los nacionales, como así se ha expuesto.

— En cualquier caso, a partir de 1937 sólo puede hablarse de Guardia Civil en la zona nacional, por cuanto el decreto de 30 de agosto del 36 disponía su cambio de denominación por el de «Guardia Nacional Republicana», a su vez disuelta el 26 de diciembre del mismo año en beneficio del Cuerpo de Seguridad, híbrido de todos los Cuerpos hasta entonces existentes.

“La extensión y gravedad de la rebelión militar ha tenido fuerte repercusión en todos los Cuerpos y organismos del Estado.— Requiere especial atención por parte del Gobierno cuanto afecta a los Institutos armados, entre los cuales se cuenta el de la Guardia Civil.— Buen número de unidades y destacamentos de dicho Cuerpo ha permanecido fiel a su deber, ofreciendo un magnífico ejemplar de lealtad, abnegación y heroísmo, pero otras fuerzas del mismo Instituto, por prestar servicio en las provincias sometidas a la sublevación militar o por haberla secundado, han quedado de hecho fuera de la disciplina del Cuerpo.— Se impone en estas condiciones una reorganización completa del Instituto de la Guardia Civil, que alcance no sólo a la debida depuración de los cuadros de mando y tropa, sino a la propia estructura del Cuerpo; por lo que, de acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta del de la Gobernación, Vengo en disponer lo siguiente: Artículo primero. Se reorganiza el Instituto de la Guardia Civil que en lo sucesivo se denominará GUARDIA NACIONAL REPUBLICANA. Artículo segundo.— Una Comisión presidida por el Ministro de la Gobernación, y de la que formará parte el Subsecretario de dicho Ministerio, el Director General de Seguridad, un representante del Consejo de la Generalidad, el Inspector accidental actual del Instituto y un jefe del mismo, que actuará como secretario, determinará el personal de

todas las categorías que ha de seguir perteneciendo al nuevo Cuerpo y la situación en que quedarán los que resulten excluidos del mismo por cualquier causa.— Artículo tercero.— La misma Comisión determinará la organización, plantillas, reglamento y uniforme de la GUARDIA NACIONAL REPUBLICANA. Artículo cuarto.— Los acuerdos de esta Comisión serán ejecutivos una vez aprobados por el Consejo de Ministros. Artículo quinto.— Por el Ministro de la Gobernación se dictarán las disposiciones complementarias del presente Decreto, del que se dará cuenta a las Cortes en su día quedando derogadas cuantas se opongan al mismo.— Dado en Madrid a treinta de agosto de mil novecientos treinta y seis.— MANUEL AZAÑA.— El Ministro de la Gobernación.— Sebastián Pozas.”

— Que sea como fuere, la contribución en vidas humanas de la Guardia Civil en la guerra fue enorme y ninguna otra Institución del Estado sufrió tantas pérdidas, ni siquiera la Iglesia. Una primera estimación arroja el saldo de 2.714 hombres muertos y 4.117 heridos, es decir, el 7,83 por 100 de su plantilla murieron durante la contienda. De ellos, el 83,7 por 100 lo fueron por partidarios de la República.

Finalizada la guerra, para la Guardia Civil se abriría una nueva etapa, en absoluto fácil y desde luego dudosamente positiva. En apariencia, en un régimen militarista y autoritario un Cuerpo de las características de la Benemérita debía tener cabidas sin problemas. Sin embargo, una de las primeras consecuencias para el Cuerpo al término de la guerra sería el deseo de Franco de disolverlo, porque creía que no le había sido suficientemente fiel en los momentos claves. Como hemos visto al general no le faltaba razón. Pero tampoco le faltaba a su amigo y compañero de armas Camilo Alonso Vega, que le hizo ver la necesidad de disponer de un Cuerpo como la Guardia Civil. Franco no tardaría en reconocer su error declarado en alguna ocasión. La Institución se había salvado una vez más, sólo que ahora lo hizo a costa de una dependencia muy acentuada: El Ejército.